

mino de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese, que aunque se vió viuda, no quiso salir del monesterio, ni menos hacer profesion de monja, hasta que (no de allí á muchos dias) le viniéron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsicur de Lautrec al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba en el reyno de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuviéron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dixo el Cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad: y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudiérase llevar, pero entre marido y muger, algo tiene del imposible: y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

## CAPÍTULO XXXVI.

*Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.*

ESTANDO en esto, el ventero que estaba á la puerta de la venta, dixo: esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí gaudeámos tenemos. ¿Que gente es? dixo Cardenio. Quatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la gineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una muger vestida de blanco en un sillón, ansimesmo cubierto el rostro y otros dos mozos de á pie. ¿Vienen muy cerca? preguntó el Cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorothea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quixote, y casi no habian tenido lugar para esto, quando entráron en la venta todos los que el ventero habia dicho: y apeándose los quatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fuéron á apearse la muger que en el sillón venia: y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondi-

do. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla, dió un profundo suspiro, y dexó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pie llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el Cura, deseoso de saber que gente era aquella, que con tal trage y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y á uno de ellos le preguntó lo que ya deseaba, el qual le respondió: pardiez, señor, yo no sabré deciros que gente sea esta, solo sé, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto: y esto digolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda. ¿Y la señora quien es? preguntó el Cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha mas de dos dias que

los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron, y persuadiéron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. ¿Y habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el Cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueve á lástima, y sin duda tenemos creído, que ella va forzada donde quiera que va, y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja, ó va á serlo, que es lo mas cierto: y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el mongio va triste como parece. Todo podria ser, dixo el Cura, y dexándolos, se volvió adonde estaba Dorotea, la qual como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion, se llegó á ella, y le dixo: ¿que mal sentis, señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de servirlos. Á todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio, has-

ta que llegó el caballero embozado, que dixo el mozo que los demas obedecian, y dixo á Dorotea: no os canseis, señora, en ofrecer nada á esa muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, si no quereis oír alguna mentira de su boca. Jamas la dixé, dixo á esta sazón la que hasta allí había estado callando, ántes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura, y destó vos mesmo quieto que seáis el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decía, que sola la puerta del aposento de Don Quixote estaba en medio, y así como las oyó, dando una gran voz, dixo: ¡válgame Dios! ¿que es esto que oygo? ¿que voz es esta que ha llegado á mis oídos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien los daba, se levantó en pie, y fuése á entrar en el aposento, lo qual visto por el caballero, la detuvo sin dexarla mover un paso. Á ella con la turbacion y desasosiego se le cayó el tafetan con que traía cubierto el rostro,

y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por que las hacía, pusieron gran lástima en Dorotea y en quantos la miraban. Teniala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caía, como en efecto se le cayó del todo: y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada ansimesmo la tenia, era su esposo Don Fernando, y apenas le hubo conocido, quando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tristísimo ay, se dexó caer de espaldas desmayada: y á no hallarse allí junto el Barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el Cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció Don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla, pero no porque dexase con todo esto de tener á Lucinda, que era la que procuraba sol-

tarse de sus brazos, la qual habia conocido en el suspiro á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asimesmo Cardenio el ay que dió Dorotea quando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vió, fué á Don Fernando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien Don Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea quedáron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos, y mirábanse todos, Dorotea á Don Fernando, Don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á Don Fernando desta manera: dexadme, señor Don Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais, dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas, ni vuestras dádivas: notad como el Cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos, me ha puesto á mi verdadero esposo delante: y bien sabeis por mil costosas experiencias, que sola la muerte

fuera bastante para borrarle de mi memoria: sean pues parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era, y viendo que Don Fernando aun no la dexaba de sus brazos, ni respondia á sus razones, esforzándose lo mas que pudo, se levantó, y se fué á hincar de rodillas á sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó á decir:

Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus pies está arrodillada es la sin ventura, hasta que tú quieras, y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú por tu bondad, ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamar-

se tuya : soy la que encerrada en los límites de la honestidad , vivió vida contenta , hasta que á las voces de tus importunidades , y al parecer justos y amorosos sentimientos , abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad : dádiva de ti tan mal agradecida , qual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas , y verte yo á ti de la manera que te veo . Pero con todo esto no querria que cayese en tu imaginacion pensar , que he venido aquí con pasos de mi deshonra , habiéndome traído solos los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada . Tú quisiste que yo fuese tuya , y quisístelo de manera , que aunque ahora quieras que no lo sea , no será posible que tú dexes de ser mio . Mira , señor mio , que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me dexas la incomparable voluntad que te tengo : tú no puedes ser de la hermosa Luscinda , porque eres mio , ni ella puede ser tuya , porque es de Cardenio : y mas fácil será , si en ello miras , reducir tu voluntad á querer á quien te adora , que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera . Tú solicitaste mi descuido , tú rogaste á mi entereza , tú no ignoraste mi

calidad , tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad , no te queda lugar , ni acogida de llamarte á engaño : y si esto es así , como lo es , y tú eres tan christiano , como caballero ¿ por que por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines , como me hiciste <sup>42</sup> en los principios ? Y si no me quieres por lo que soy , que soy tu verdadera y legítima esposa , quiéreme á lo ménos y admíteme por tu esclava , que como yo esté en tu poder , me tendré por dichosa y bien afortunada . No permitas con dexarme y desampararme , que se hagan y junten corrillos en mi deshonra : no des tan mala vejez á mis padres , pues no lo merecen los leales servicios , que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho : y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia , considera que pocas , ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino , y que la que se toma de las mugeres , no es la que hace al caso en las ilustres descendencias : quanto mas , que la verdadera nobleza consiste en la virtud , y si esta á ti te falta , negándome lo que tan justamente me debes , yo quedaré con mas ventajas de noble que las que tú tienes . En fin , señor ,

lo que últimamente te digo, es, que quieras, ó no quieras, y yo soy tu esposa, testigos son tus palabras, que no han, ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello porque me desprecias: testigo será la firma que hiciste, y testigo el Cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias: y quando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dixo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban á Don Fernando, y quantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla Don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dió fin á las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterreciera. Mirándola estaba Luscinda, no ménos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion y hermosura: y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dexaban los brazos de Don Fernando que apretada la tenian: el qual lleno de

confusion y espanto, al cabó de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dexando libre á Luscinda, dixo: venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dexó Don Fernando, iba á caer en el suelo, mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de Don Fernando se habia puesto, porque no le conociese, pospuesto todo temor, y aventurando á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos, le dixo: si el piadoso Cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro, que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron, quando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. Á estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: vos sí, señor mio, sois el verda-

dero dueño desta vuestra captiva <sup>42</sup>, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué este para Don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea, que Don Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacia ademán de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada, y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dexaba mover; y sin cesar un punto de sus lágrimas, le decía: ¿que es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus pies á tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el Cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igual á ti mismo á la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza; delante de tus ojos tiene los suyos, bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan

notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas, que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el Cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decía Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de Don Fernando, con determinacion de que si le viesse hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender, como mejor pudiese, á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida; pero á esta sazón acudieron los amigos de Don Fernando, y el Cura y el Barbero que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á Don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada en sus tan justas esperanzas: que considerase, que no acaso como parecia, sino con particular providencia del Cielo

se habian todos juntado en lugar donde ménos ninguno pensaba: y que advirtiese, dixo el Cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinde de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos inremediables era suma cordura, forzándose y venciendo á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el Cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos ansimesmo en la beldad de Dorotea, y verla, que pocas, ó ninguna se podian igualar, quanto mas hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia: y sobre todo advirtiese, que si se preciaba de caballero y de christiano, que no podia hacer otra cosa que cumplirlle la palabra dada, y que cumpliéndosela, cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde, como se acompaña con la honestidad, poder levantarse, é igualarse á qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta, é iguala á sí mismo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, co-

mo en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efeto á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dexó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera: y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto, fué abaxarse y abrazar á Dorotea, diciéndole: levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis pies la que yo tengo en mi alma: y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por orden del Cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es, que no me reprehendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinde, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros: y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Car-

denio, que yo <sup>43</sup> rogaré al Cielo que me los dexé vivir con mi Dorotea: y diciendo esto, la tornó á abrazar y juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecía sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dixo que no lloraba él, sino por ver que Dorotea no era como él pensaba la Reyna Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego Cardenio y Luscinda se fuéron á poner de rodillas ante Don Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que Don Fernando no sabia que responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea, le dixese como habia venido á aquel lugar tan léjos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo

que ántes habia contado á Cardenio: de lo qual gustó tanto Don Fernando y los que con él veían, que quisieran que durara el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras: y así como hubo acabado, dixo Don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya: dixo que la quiso matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido, y que así se salió de su casa despechado y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad: y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir donde se habia ido, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un monesterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio, y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la qual no habia querido hablar temeroso que en sabiendo que él estaba allí, habia de haber mas guarda en el monasterio: y así aguardando un dia á que la portería estuviese abierta, dexó á los dos á la guar-

da de la puerta, y él con otro habian entrado en el monesterio buscando á Lusinda, la qual hallaron en el claustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un Lugar donde se acomodaron de aquello que hubiéron menester para traella: todo lo qual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monesterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dixo, que así como Lusinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí, no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna: y que así acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

## CAPÍTULO XXXVII.

*Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.*

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecian, é iban en humo las esperanzas

de su ditado, y que la linda Princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en Don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia, Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Lusinda corría por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al Cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma: y finalmente quantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el Cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba y se contentaba, era la ventera, por la promesa que Cardenio y el Cura le habian hecho de pagalle todos los daños, é intereses que por cuenta de Don Quixote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste, y así con malencónico semblante entró á su amo, el qual acababa de despertar, á quien dixo: bien puede Vuestra Merced, señor Triste Fi-

gura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la Princesa su reyno, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió Don Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un reves, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera Vuestra Merced decir mejor, respondió Sancho: porque quiero que sepa Vuestra Merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanas. Y que es lo que dices loco, replicó Don Quixote: estás en tu seso? Levántese Vuestra Merced, dixo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la Reyna convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaria de nada deso, replicó Don Quixote, porque si bien te

acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos, te dixé yo, que todo quanto aquí sucedia, eran cosas de encantamento, y no sería mucho que ahora fuese lo mesmo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fué, sino real y verdaderamente: y vi yo que el ventero que aquí está hoy dia, tenia del un cabo de la manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donayre y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dixo Don Quixote, dame de vestir, y déxame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia, contó el Cura á Don Fernando y á los demas las locuras de Don Quixote y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su Señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles lo que á todos pare-

cia, ser el mas extraño género de locura que podia caber en pensamiento desparatado <sup>44</sup>. Dixo mas el Cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedía pasar con su disignio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haría y representaria <sup>45</sup> la persona de Dorotea. No, dixo Don Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy léjos de aquí el Lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas <sup>46</sup> de dos jornadas de aquí. Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminallas á truco de hacer tan buena obra. Salió en esto Don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambriño en la cabeza, abrazado de su rodela y arrimado á su tronco, ó lanzon. Suspendió á Don Fernando y á los demas la extraña presencia de Don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesturado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decía, el qual con mucha gravedad y re-

poso, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo:

Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reyna y gran Señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del Rey Nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo, ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballescascas, porque si él las hubiera leido y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso, como otros caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con él, y... quiero callar porque no me digan que miento; pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirá quando ménos lo pensemos. Vístesos vos con dos cueros, que no con un gigante, dixo á esta sazón el ventero, al qual mandó Don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quixote en ninguna ma-

nera, y Don Quixote prosiguió diciendo: digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la qual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves días. No dixo mas Don Quixote, y esperó á que la Princesa le respondiese, la qual, como ya sabia la determinacion de Don Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quixote, con mucho donayre y gravedad le respondió: quien quiera que os dixo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no os dixo lo cierto, porque la misma que ayer fui, me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acacimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dexado de ser la que ántes, y de tener los mismos pensamientos de valirme del valor de vuestro valeroso, é invencible brazo, que siempre he tenido. Así que

señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los mas destos señores que están presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dexaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea, y en oyéndolo Don Quixote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dixo: ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo; no me acabaste de decir ahora, que esta Princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante, era la puta que te parió, con otros disparates que me pusiéron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los días de mi vida? Voto... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por

hacer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera á todos quantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo. Vuestra Merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora Princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo ménos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de Vuestra Merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento: y si no, al freir de los huevos lo verá, quiero decir, que lo verá quando aquí su Merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas, de que la señora Reyna se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte, como á cada hijo de vecino. Ahora yo te digo Sancho, dixo Don Quixote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta. Basta, dixo Don Fernando, y no se hable mas en esto, y pues la señora Princesa dice, que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el veni-

dero dia, donde todos acompañaremos al señor Don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas, é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de servirlos y acompañaros, respondió Don Quixote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la qual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comediamento y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quixote y Don Fernando; pero á todo puso silencio un pasagero que en aquella sazón entró en la venta, el qual en su traje mostraba ser christiano recién venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello, los calzones eran asimesmo de lienzo azul, con bonete de la misma color: traia unos borceguíes datilados y un alfange morisco puesto en un tahalí, que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una muger á la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza: traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa que desde los hom-

bros á los pies le cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió, en entrando, un aposento, y como le dixéron que en la venta no le habia, mostró recibir pesadumbre, y llegándose á la que en el trage parecía mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritórnes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto trage, rodeáron á la Mora, y Dorotea que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traia, se congojaban por la falta del aposento, le dixo: no os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustáredes de pasar <sup>47</sup> con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso deste camino habréis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia; y puestas entrámbas manos cruzadas sobre el

pecho, inclinada la cabeza dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imagináron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar christiano. Llegó en esto el Cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entónces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á quanto le decian callaba, dixo: señoras mias, esta doncella apénas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna, sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido, ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodáremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga á servir á todos los extrangeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo muger á quien se sirve. Por ella y por mí, respondió el Cautivo <sup>48</sup>, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dixo Do-

rotea ¿ esta señora es christiana , ó mora ? porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querríamos que fuese. Mora es en el traje y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande christiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo. ¿ Luego no es baptizada <sup>49</sup> ? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el Captivo, despues que salió de Argel su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á baptizalla, sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece , que es mas de lo que muestra su hábito y el mio. Con estas razones puso gana en todos los que escuchándole estaban , de saber quien fuese la Mora y el Captivo ; pero nadie se lo quiso preguntar por entónces , por ver que aquella sazón era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí , y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al Cautivo, como si le preguntara le dixese lo que decian y lo que ella haría. Él en lengua

arábiga le dixo, que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese, y así se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conociéron que si alguno se podría igualar al de las dos, era el de la Mora, y aun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos, y atraer las voluntades, luego se rindiéron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa Mora. Preguntó Don Fernando al Captivo como se llamaba la Mora, el qual respondió, que Lela Zorayda, y así como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al christiano, y dixo con mucha priesa, llena de congoja y donayre : *no, no Zorayda: María, María*, dando á entender, que se llamaba María y no Zorayda. Estas palabras y el grande afecto con que la Mora las dixo, hiciéron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucháron, especialmente á las mugeres que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole : *sí, sí, María, María* : á lo qual res-

pondió la Mora: *sí, sí, María: Zorayda macange*, que quiere decir, *no*. Ya en esto llegaba la noche, y por orden de los que venían con Don Fernando, había el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada pues la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la había redonda, ni cuadrada en la venta, y diéron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehúsaba, á Don Quixote, el qual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentáron Luscinda y Zorayda, y frontero dellas Don Fernando y Cardenio, y luego el Cautivo, y los demas caballeros, y al lado de las señoras el Cura y el Barbero: y así cenáron con mucho contento, y acrecentóseles mas, viendo que dexando de comer Don Quixote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló quando cenó con los cabreros, comenzó á decir: verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes, é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no ¿qual de los vivientes habrá en el mundo, que ahora por la puerta

deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quien podrá decir, que esta señora que está á mi lado, es la gran Reyna que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora, no hay que dudar, sino que esta arte y exercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventáron, y tanto mas se ha de tener en estima, quanto á mas peligros está sujeto. Quitenseme delante los que dixeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fuerén, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se exercitan, como si fuese su exercicio officio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los quales piden para executallos mucho entendimiento: ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército, ó la defensa de

una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora qual de los dos espíritus, el del letrado, ó el del guerrero trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar) hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las quales tienen por objeto y fin la paz,

que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida: y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuvieron los hombres, fueron las que diéron los Angeles la noche que fué nuestro día, quando cantaron en los ayres: *gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*: y la saluacion que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles, que quando entrasen en alguna casa dixesen: *paz sea en esta casa*: y otras muchas veces les dixo: *mi paz os doy, mi paz os dexo, paz sea con vosotros*: bien como joya y prenda dada y dexada de tal mano, joya que sin ella en la tierra, ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es decir armas que guerra. Prosupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase quales son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quixote, que obligó á que por entónçes ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesen por lo-

co; ántes como todos los mas eran caballeros á quien son anexas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser: y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia que decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ageno brasero, ó chimenea que si no caliente, á lo ménos entibie su frio, y en fin la noche duermen debaxo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, y no sobra á saber de la falta de camisas, y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto quando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pinta-

do, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el qual alzando á muchos, hemos visto, que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en olandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atras en todo, como ahora diré.

## CAPÍTULO XXXVIII.

*Que trata del curioso discurso que hizo Don Quixote de las armas y las letras.*

Prosiguiendo Don Quixote, dixo: pues comenzámos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y verémos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde, ó nunca, ó á lo que gar-

beare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia: y á veces suele ser su desnudez tanta, que un colchito acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la qual si no es por su culpa, jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encorvan las sábanas. Lleguese pues á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su exercicio, lleguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienas, ó le dexará estropeado de brazo, ó pierna: y quando esto no suceda, sino que el Cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la mesma pobreza que ántes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro,

una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello ¿quan ménos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder, que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse: así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es mas fácil premiar á dos mil letrados, que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar sino con la mesma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dexemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega: y

entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes, y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reynos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios: y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reynos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios, y de sus fuerzas: y es razon averiguada, que aquello que mas cuesta, se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigillas, hambre, desnudez, váguido de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que á el estudiante; en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de

perder la vida. ¿Y que temor de necesidad y pobreza puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta, ó guarda en algun rebellin, ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer, es dar noticia á su Capitan de lo que pasa para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando, quando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas y baxar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si se le iguala, ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las quales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos pies de tabla del espolon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, quantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iria á visitar los profundos senos de

Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al baxel contrario: y lo que mas es de admirar, que apénas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, quando otro ocupa su mismo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro, y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la qual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber como, ó por donde, en la mitad del corage y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó, y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien

la merecia gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir, que en el alma me pesa de haber tomado este exercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone rezelos, pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el Cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto á mayores peligros me he puesto, que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo preámbulo dixo Don Quixote en tanto que los demás cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza, que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian sobrevino nueva lástima, de ver que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmieta caballería. El

Cura le dixo, que tenia mucha razon en todo quanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mesmo parecer. Acabáron de cenar, levantáron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Mari-tórnés aderezaban el camaranchon de Don Quixote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mugeres solas en él se recogiesen, Don Fernando rogó al Cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podría ser, sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en compañía de Zorayda: á lo qual respondió el Cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia, que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso por no faltar en obedecelle, le contaría. El Cura y todos los demas se lo agradeciéron, y de nuevo se lo rogáron, y él viéndose rogar de tantos, dixo, que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerza: y así estén Vuestras Mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podría ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse.

Con esto que dixo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio, y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera.

## CAPÍTULO XXXIX.

*Donde el Cautivo cuenta su vida y sucesos.*

En un Lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrechez de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casa-